

Homilias del Domingo Primero de Cuaresma (Ciclo C)

+ Lectura del santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre.

Entonces el diablo le dijo: -Si eres Hijo de Dios dile a esta piedra que se convierta en pan.

Jesús le contestó: -Está escrito: “No sólo de pan vive el hombre”.

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo: -Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo.

Jesús le contestó: -Está escrito: “Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto”.

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: -Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: “Encargará a los ángeles que cuiden de ti”, y también: Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”.

Jesús le contestó: -Está mandado: “No tentarás al Señor tu Dios”.

Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Palabra del Señor

-

Homilias

(A)

Luego de un prolongado ayuno de cuarenta días, también Jesús sintió hambre. Llevado por el Espíritu Santo comienza Jesús su vida pública haciendo la experiencia de los más pobres. La experiencia de pasar hambre. Dios ya sabe lo que es carecer de pan y lo que es sufrir las consecuencias del hambre.

Y no es fácil encontrar pan en el desierto.

Por eso, la tentación parecía tener su lógica. ¿Tienes hambre?

Pero si tú eres el Hijo de Dios ¿qué te cuesta convertir estas piedras en panes?
Utiliza tus poderes divinos y disfruta de una buena hornada de pan convirtiendo en trigo estas piedras.
En nuestra cultura todo lo queremos convertir en pan.
Todo lo queremos ver pan.
Porque todo lo queremos reducir a estómago.
Todo lo reducimos a sentirnos satisfechos de todo. De todo lo que nos agrada y satisface nuestros sentidos. Lo queremos probar todo.
Que no nos falte nada.
Es cierto que el hombre necesita del pan.
Pero ¿será suficiente con llenar los estómagos para sentirnos satisfechos?
Es importante el estómago. ¿Seremos sólo estómago?
El hombre tiene otras dimensiones, y otros rincones dentro de su corazón que no pueden llenarse con el pan, ni el placer de los sentidos.
Hoy hay mucha gente en cuya mesa falta o escasea el pan.
Y hay otros muchos a quienes les sobra el pan.
Incluso algunos ya no comen pan para conservar la línea. El pan engorda. O por el colesterol, por la glucosa y no sé cuantas cosas más.
No son felices los que no tienen pan para sus hijos.
No son felices los que cada día no saben si podrán traer el pan a casa.
No son felices quienes tienen que depender diariamente del pan.
Pero ¿serán felices todos aquellos a quienes les sobra el pan?
Estómagos llenos, pero corazones vacíos.
Estómagos llenos, pero vidas vacías.
Estómagos llenos, pero corazones sin amor.
Estómagos llenos, pero corazones sin comprensión.
Estómagos llenos, pero corazones sin perdón.
Estómagos llenos, pero almas sin la gracia.
Estómagos llenos, pero mentes vacías de ideales.
Estómagos llenos, pero vidas sin esperanza.
Cada día leemos noticias del hambre en el mundo.
De los niños que mueren de hambre. ¿Recuerdas aquella foto del niño en agonía y el buitre esperando por detrás a que muera para saciarse con su cuerpecillo hambriento?
Y nosotros seguimos tan tranquilos, a lo más también nosotros caemos en la tentación de culpar de ello a los demás:
¿Cómo es que Dios permite que ese niño se muera de hambre?
Si Dios es tan bueno como dicen ¿no podía darle de comer?

Si Dios lo puede todo, ¿por qué no puede poner pan en la mesa de sus padres?

¿Qué hace la Iglesia por los que mueren de hambre?

¿No podía vender todas sus riquezas, incluido el Vaticano, para otros coman?

La misma tentación de Jesús. Ya que eres “Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en panes”. Con tus poderes divinos puedes solucionar tu hambre y el hambre de todos los hombres.

La tentación de solucionar los problemas con los milagros de Dios, más que con los milagros de amor y solidaridad de nuestro corazón, que todos podemos hacer cada día.

La Cuaresma ha de ser un tiempo para solidarizarnos con aquellos que no tienen. No convirtiendo las piedras en panes, sino compartiendo nuestros graneros y nuestro pan.

La Cuaresma ha de ser un tiempo, para pensar no solo en el estómago vacío, sino en esas otras hambres que son tan importantes como la carencia de pan.

El hambre de amor, que tantos sufren.

El hambre de comprensión, que tanto escasea.

El hambre de compañía, que tantos necesitan.

El hambre de perdón, que tantos esperan.

El hambre de libertad, que nos arranque de nuestras esclavitudes.

El hambre de un hogar caliente, que tantos hijos no tienen.

El hambre de Dios, ausente de tantas vidas.

El hambre de la Palabra de Dios que nos guíe por nuestros caminos.

El hambre de la gracia y del amor de Dios, sin los cuales la vida carece de sentido.

(B)

La Cuaresma es un camino que quiere sacarnos de donde estamos para llevarnos a una meta de libertad y plenitud.

Es el recuerdo de un camino que partió de la esclavitud y, atravesando el desierto, llevó a una patria nueva y a una vida nueva.

Es el camino que, partiendo de nuestro desierto de luchas y tentaciones, nos lleva a la mañana de Pascua.

Mas que tiempo de ayunos y abstinencias es un tiempo de decisiones:

Es tiempo de enfrentarnos con nosotros mismos.

Es tiempo donde es preciso definirnos entre “ser o no ser”.

Es tiempo donde es preciso definirnos entre “ser nosotros mismos” o “ser como todos”.

Es tiempo donde se da esa lucha, esa tentación entre aceptar el reto de vivir en nuestra verdad o seguir engañándonos, maquillados con falsas imágenes copiadas de los demás.
Es tiempo de tentación: la tentación de ser o no ser.
La tentación de ser o seguir siendo a medias.
Por so es tiempo de decisión.
Donde decidimos, no sobre los demás, sino sobre nosotros mismos.
No es una batalla que se da fuera, sino en la mente y el corazón.

El punto de partida: lo que somos, donde estamos.
El camino: lucha por ser más, un horizonte nuevo.
La meta: una mañana de Pascua donde resucitemos como seres nuevos.

Me encantó lo que leí de Walt Disney, hablando de su propia experiencia y que pudiera ser la nuestra. Lo titula *“El día que yo cambié”*:

“Decidí no esperar las oportunidades sino salir a buscarlas.
Decidí ver cada problema como la oportunidad de encontrar una solución.

Decidí ver cada desierto como la oportunidad de encontrar un oasis.

Decidí ver cada noche como un misterio a resolver.

Y cada día como una nueva oportunidad de ser feliz.

Aquel día comencé a ser fuerte, feliz de verdad, gracioso.

Aquel día dejé de temer por cada vez que perdía.

Y sentí que para vencer no es necesario ganar.

Vi que dar lo mejor de mí me hacía feliz, así no fuera el primero, así no me coronaran o me aplaudieran.

Sentí nuevamente que el único rival soy yo mismo.

Me dejó de importar quien ganara o perdiera.

Ahora me importa simplemente sentirme mejor que ayer.

Aprendí que lo difícil no es llegar a la cima, sino jamás dejar de subir.

Pero también vi que a veces se cae, y que el único camino es levantarse y seguir.

Descubrí que el amor es más que un simple estado de enamoramiento, “el amor es una filosofía de vida”.

Aquel día dejé de ser un reflejo de mis escasos triunfos pasados y empecé a ser mi propia tenue luz de este presente; aprendí que de nada sirve ser luz si no vas a iluminar el camino de los demás.

Aquel día decidí cambiar tantas cosas...

Aquel día aprendí que los sueños son solamente para hacerse realidad.

Desde aquel día ya no duermo solo para descansar, ahora también duermo para soñar...” (Walt Disney)

La Cuaresma no es tiempo de penitencias.

Es tiempo de “penitencia”.

Es tiempo de cambio. Tiempo de sueños.

Y cuando decidimos cambiar, todo cambia en nosotros y a nuestro alrededor.

Cambia nuestra manera de ver.

Cambia nuestra manera de vivir.

Cambia nuestra manera de estar.

¿Y por qué, entonces, seguimos teniendo miedo al cambio?

¿Por qué, entonces, seguimos teniendo miedo a abandonar nuestras esclavitudes?

El día que “yo decida cambiar”:

No solo cambiaré yo mismo.

Todo cambiará a mi alrededor.

También a nosotros “el Espíritu nos empuja al desierto”.

También nosotros vivimos en medio de esas fieras de nuestros miedos.

También nosotros vivimos en medio de esas luchas internas.

Pero no estamos solos.

Jesús lucha en nosotros y con nosotros.

Por eso, el final del camino ya no será desierto, sino el jardín de la Pascua.

Allí nos esperamos encontrar todos.

Allí nos esperan las flores de la primavera de la nueva vida.

(C)

Los disfraces de la tentación

Resulta curioso que la Cuaresma tenga lugar a continuación de los carnavales. Porque los carnavales son el tiempo de los disfraces. El tiempo de máscaras, cuando nadie quiere mostrar su propia cara y cada uno se esconde detrás de su propio disfraz. Somos los mismos, pero disfrazados. Somos los mismos pero disimulando nuestra identidad y revistiéndonos de cualquier otro personaje.

Y lo más curioso todavía es que la Cuaresma comienza también con un disfraz. Con las tentaciones de Jesús que, a poco que se las mire,

no son sino un disfraz del demonio para engañar y engatusar a Jesús. Y es que, si examinamos bien cualquiera de las tres tentaciones, nos daremos cuenta de que no son sino disfraces del mal contra el bien.

El pecado tiene mucho de malicioso y ahí está precisamente la fuerza de la tentación. ¿A caso alguien quiere el mal por el mal? ¿Acaso alguien quiere apartarse de Dios libre y voluntaria y conscientemente? La mentira tiene que revestirse de algo que la esconda y la presente como verdad

El pecado necesita revestirse del bien para que nosotros lo aceptemos libremente.

El pecado se disfraza de la bondad del placer.

El pecado se disfraza de la bondad de la libertad.

El pecado se disfraza de la bondad del éxito.

El pecado se disfraza de la trampa de que “nadie se va a enterar”.

¿A caso el primer pecado no comenzó disfrazado de la posibilidad de que el hombre se convierta en Dios? *“Dios sabe que el día que comáis del fruto prohibido seréis como El”*.

¿No fue también esa la tentación de los hermanos que pretendieron matar a su hermano José? Ensuciaremos sus vestidos con la sangre de cualquier animal y así se las enviaremos a nuestro padre diciendo que “una fiera lo devoró”?

Los enamorados se disfrazan diciendo “es que lo hacemos por amor”.

Las infidelidades se disfrazan de “oportunidades”.

Las mentiras se disfrazan de “piadosas”.

Unos traguitos de más, se disfrazan “para matar las penas”.

Ofrecer una coima, la disfrazamos de que “de lo contrario lo nuestro no sale nunca”.

No. El pecado nunca presenta la cara al descubierto. Siempre aparece escondido y disfrazado. Y así fueron también las tentaciones de Jesús. Se trataba de “demostrar que realmente era Hijo de Dios”. O se trataba de “hacerse poderosos y dueño del mundo”. O simplemente de demostrar que nada iba a suceder y que se

ganaría la admiración de todo el mundo.

Pero ¿dónde está el verdadero disfraz de las tentaciones de Jesús? En tratar de justificarlas con la Palabra de Dios. Por tanto utilizar a Dios como una justificación y legitimación de lo que podía y debía hacer. Y esta es la peor tentación y el peor de los disfraces.

Porque en medio de todo, nuestros disfraces no dejan de ser bastante inocentes. Lo peor es cuando tratamos de disfrazar el pecado con el mismo Dios, con su Palabra.

¿Qué juzgamos y condenamos a los malos? Es que lo hacemos para salvar el honor de Dios.

¿Qué imponemos leyes esclavizantes de las conciencias? Claro, lo hacemos en nombre de Dios.

¿Qué no escuchamos a los demás? Nuestra autoridad y lo que nosotros pensamos viene de Dios.

¿Qué hacemos unas interpretaciones rigoristas del Evangelio? Somos los intérpretes de Dios.

¿Qué hay guerras santas? Lo hacemos en nombre de Dios.

Abrimos la Cuaresma con las tentaciones de Jesús. Tentaciones disfrazadas de la Palabra de Dios.

¿No sería el momento también de que la Iglesia se preguntase cuantas cosas exigimos en nombre de la Palabra de Dios? ¿Será todo palabra de Dios o no tendrá demasiado de palabra humana? ¿Será todo pensamiento de Dios o no será nuestro propio pensamiento y nuestra teología disfrazada de Dios?

Siento miedo a tantos disfraces que me impiden ver la verdad en mi vida.

Siento miedo a tantos disfraces que me impiden entregarme del todo a mi vocación y ministerio.

Siento miedo, como sacerdote, a ciertas exigencias disfrazadas con eso de hablar en nombre de Dios.

Siento miedo, como sacerdote, de si he herido a muchas almas escudándome en la Palabra de Dios.

Siento miedo, como sacerdote, si no habré excluido en nombre de Dios a quienes Dios había escogido y elegido.

Jesús y el diablo aparecen como dos escrituristas comentando la Palabra de Dios.

Los dos citan la Palabra de Dios.

Con la única diferencia de que el Diablo leía la Escritura según sus conveniencias.

En tanto que Jesús le dio una lectura correcta.

¿Leeremos siempre la Palabra de Dios desde el corazón de Dios, o más bien desde nuestros intereses y nuestras mentalidades?

Ciertos exhibicionismos ¿no serán secretos disfraces de querer honrar a Dios?

Ciertos lujos ¿no serán justificados a título de gloria de Dios?

Un buen trabajo cuaresmal. Reconocer nuestros disfraces. Quitarnos esas caretas, incluso si la careta se llama “autoridad”, “Palabra de Dios”, “obrar en nombre de Dios”.

P. Juan Jáuregui Castelo